



Diputado
del Parlamento Europeo

Excmo. Sr. D. Marcelino Oreja
Madrid

25-II-94

Querido Marcelino:

En su momento, hace unas tres semanas, recibí tus amables líneas por fax. Desde entonces pensé en escribirte, y me decidí ahora, tras un largo viaje a América, pues a partir del momento de retomar el viejo asunto de las elecciones al Parlamento Europeo, es decir, desde la charla en tu casa, me quedó la extraña sensación de como si lo hablado en diciembre del 91 no se correspondiera demasiado con lo que parecía suceder ahora. Así pues, para no darte más la lata con el teléfono, me permito enviarte estas reflexiones, que yo mismo escribo a máquina (para garantizar la absoluta confidencialidad) y de las que no espero por tu parte acuse de recibo ni respuesta alguna. Simplemente que las leas y conozcas mi inquietud. Lo hago tanto por la confianza que me inspira tu amistad y el conocimiento de tantos años, como por el papel principal que has representado en esta pequeña historia.

En aras al buen orden, voy a tratar de ordenar primero los hechos -eso que los historiadores anglosajones llaman los facts- para luego reflexionar sobre ellos.

AÑO 1991 (diciembre)

1. Tú tuviste la amabilidad de invitarme a almorzar, a mediados de diciembre del 91, porque "teníamos que hablar". En el almuerzo, celebrado en el comedor del PE en Estrasburgo, charlamos mucho rato sobre las cosas de El Escorial -cómo había surgido aquello, por qué lo había dejado yo, la incorporación de Pepín Vidal, los cursos sobre política exterior que tú ibas a diri-



Diputado
del Parlamento Europeo

gir- y hasta dedicamos un tiempo a comentar la compleja personalidad del rector Villapalos. Si menciono todo esto, es por poner de manifiesto hasta qué punto recuerdo al dedillo la conversación, lo que tiene su importancia respecto a lo que sucedió después.

2. Llegado un momento, hiciste un corte en la charla para decirme que querías tratar un asunto muy concreto, que era, en suma, el objeto del almuerzo. Tras preguntarme sobre mis propósitos futuros de seguir en el Parlamento Europeo, y dedicar unas palabras a la situación entonces del CDS y al espíritu del PP de rescatar y aglutinar a las gentes de centro, me comentaste algo así como que en el futuro yo siempre sería bien recibido en el PP si deseaba afiliarme. Ahora bien, añadiste, en la vida política una cosa son los planteamientos generales y otra las operaciones concretas. Y tú venías a hablarme de una "operación concreta", por encargo de José María Aznar, con quien habías tratado el asunto. Y la operación consistía en que si yo, en esa segunda mitad de la legislatura, me integraba en el PP y pasaba al grupo parlamentario del PPE (dado el interés del Partido por sumar gente de centro, y el interés del Grupo Parlamentario por añadir algún escaño por el reparto de vicepresidencias u otros cargos), se me garantizaba un puesto de salida segura en las listas del 94 entre los diez primeros.

Por último, y tras comentar el inminente paso de Giscard y los suyos al Grupo Parlamentario del PPE, me dijiste que la decisión a tomar era urgente y que en una semana debía decir si aceptaba o no. Me diste el teléfono de tu casa, indicándome que si la respuesta era afirmativa, convendría que fuera a ver a José María Aznar. Me animaste con el afecto y simpatía propios de ti, y nos levantamos. Esa fue, casi literalmente, nuestra conversación.



Diputado
del Parlamento Europeo

3. A la semana, tras mis charlas y grescas con Rafael Calvo, que ahora no son del caso (y tras otra conversación con Raúl Morodo, quien me animó a dar el paso, diciéndome que estando tú por medio no habría problemas en el futuro), te llamé diciéndote que de acuerdo. Me recordaste lo de ponerme en contacto con Aznar, cosa que hice. El Presidente me recibió inmediatamente, acompañado del Secretario General. Aznar estuvo extremadamente cordial. Yo recordé los términos de nuestra conversación y hasta planteé la posibilidad de formalizar de alguna manera ese acuerdo del puesto entre los diez primeros. Alvarez Cascos terció considerándolo innecesario, con estas palabras: ¡Qué más quieres! Tienes la palabra del Presidente. Aznar asintió y luego seguimos hablando de la crispada reacción de R. Calvo, quien había tomado mi asunto como un casus belli y amenazaba con mociones de censura a dos alcaldes del PP en capitales de provincia, sostenidos con votos del CDS.

Tal fue, con exactitud casi milimétrica, el contenido de mi primera visita a Génova. Luego volvería a ver a Aznar en algunas ocasiones más, para comentar la evolución del lío del CDS, que afortunadamente amainó, y para decidir cómo y cuándo formalizaba mi ingreso en el Partido.

AÑO 1994

Al entrar en el tramo final de la legislatura, algunos compañeros del PP en el PE me preguntaron informalmente en ocasiones sobre mis planes, recordándome amistosamente que había que moverse. Yo, sin dar más explicaciones, pensaba que lo único que tenía que hacer, si es que había que hacer algo, era recordar el compromiso anterior y reiterar protocolariamente que seguía interesándome lo acordado en 1991. Por eso te llamé, pues amén de que eras tú quien en su día intervino, y amén de tu relevante significación en el Partido, seguías de protagonista en el mundo comunitario con tu futura designación como



Diputado
del Parlamento Europeo

Comisario. Te llamé así en la conciencia de cumplir un mero trámite -recordar algo que yo daba por supuesto-, aprovechando ese trámite para la gratisima ocasión de verte y charlar un rato.

Sin embargo, y enlazo con el arranque de esta larguísima carta, resultando la charla en sus derivaciones tan grata como era de esperar (los Zubiaurre, el Duque de Lerma, etc.), en lo relativo al tema en cuestión hiciste, querido Marcelino, algunos comentarios que me dejaron un tanto perplejo. En primer lugar, no parecías recordar algo tan archiconcreto como lo del puesto entre los diez primeros, quitando importancia a esa cuestión y refiriéndote, en general, a un puesto seguro. Por otra parte subrayaste que mi imagen política coincidía con la del tipo de gente que se incluiría en las listas. Finalmente, en las líneas enviadas por fax, me indicas que has transmitido a Aznar mis deseos. Todo ello, en fin, parece más propio del análisis de unas pretensiones o aspiraciones, que del comentario a un acuerdo formalizado en términos precisos, cuya primera parte yo lealmente cumplí y cuya segunda parte razonablemente debo esperar que se cumpla.

Porque el quid de la cuestión estriba, creo yo, en una distinción harto simple. Una cosa es que alguien, dentro de un Partido, espere que le concedan algo porque tiene unas legítimas expectativas, porque en buena lógica lo merece, porque se lo han prometido, porque ha trabajado mucho, o por lo que sea, lo que en cualquier caso queda a la legítima discrecionalidad política de quien manda, y otra bien distinta que se pacte algo con alguien que no pertenece al Partido en el momento del acuerdo, y que luego este acuerdo se cumpla.

Para concluir, sistematizaría yo así mis reflexiones:

1. Yo no aspiro a estar en las listas europeas por te-



Diputado
del Parlamento Europeo

ner tal o cual imagen, saber más o menos de Maastricht, haber trabajado mucho o regular, etc., etc., sino por la elemental expectativa de que se cumpla lo que en su día se acordó. Lo que se acordó cuando yo era del CDS e hice lo que hice (por cierto con no pocos sinsabores personales y hasta, según es conocido, con ruptura de largas amistades) en función de un planteamiento sumamente concreto y preciso. Ese planteamiento, además, como bien sabes, ni lo sugerí yo, ni yo lo impulsé oforcé en manera alguna. Me limité a aceptar lo que se me propuso y a cumplir cuanto estaba de mi parte.

2. Soy bien consciente de la dificultad de estos líos de listas y de los problemas de compromisos, amén de los indudables méritos de mucha gente (sin duda mayores que los míos) para estar en tal o cual puesto. Pero una cosa es que pudiera ser difícil cumplir lo que se acordó, y otra bien distinta que se olvide o confunda el acuerdo mismo.

3. Yo no voy a intrigar, ni a moverme ni a nada. Siguiendo tus indicaciones, hablé con Carlos Robles y he pedido ver a Aznar. Simplemente te lo planteo a ti porque has sido el amistoso artífice de la operación y tienes, por ello, una enorme autoridad moral para reclamar el cumplimiento de aquello que, con todas las bendiciones, tú mismo propusiste.

4. Yo ya soy un militante del PP. Ni que decir tiene que si lo acordado en su día no se pudiera cumplir a la letra, o no se pudiera cumplir en modo alguno, no habrá por mi parte una sola palabra de queja. Sentiré decepción pero me quedaré bien tranquilo.

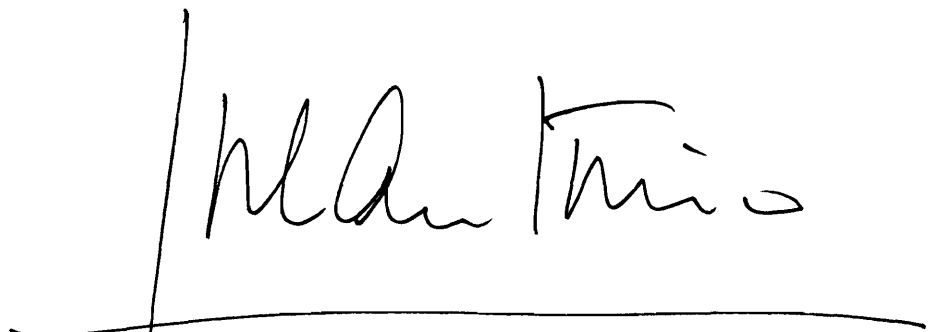
En fin, te ruego perdones este largo rollo, debido tanto a la conveniencia de puntualizar la verdad de los hechos -lo que a lo mejor es manía del oficio de historiador- como a nece-



Diputado
del Parlamento Europeo

sidades amistosas de desahogo personal. En cualquier caso,
muchísimas gracias por tu atención.

Un fuerte abrazo con el afecto de siempre



José Antonio Escudero